



Hugo Rodríguez-Alcalá



Canas al aire

Historia de AGAR

Detrás de la rejilla de alambre oscuro, los ojos y la sonrisa brillaban excitantes. Al principio recogía yo mi correspondencia con un «Buenos días» y un «Muchas gracias». Adiviné que la empleada simpatizaba conmigo, y día tras día se fue iniciando un diálogo sólo interrumpido por la gente que llegaba al correo. Un viernes de mañana hablamos casi veinte minutos. Antes de despedirme le dije que estaba ansioso de conversar con ella largo y tendido, sin las molestias del público, y que qué le parecía almorzar juntos en un hermoso restaurante frente al Parque Colón. Primero se mostró un poco elusiva, pero después accedió con una sonrisa de aquellas que lo prometen todo. Quedamos en que vendría a buscarla al día siguiente, sábado, al mediodía, sí, sin falta, a las doce en punto.

Yo soy un marido fiel. Es decir, no busco las ocasiones ni jadeo detrás de las faldas. Solamente cuando la fruta se cae por su cuenta del árbol, la recojo mirando a todos lados, y muy a escondidas me entrego a lo prohibido. Pero estas cosas pasan muy de vez

en cuando. Tengo dos hijos crecidos ya, sabe usted, y mi posición me obliga a portarme bien. La muchacha del correo era algo especial, sin embargo. Se puede decir que yo tomé la iniciativa y el hecho de que la rejilla me la ocultara hasta el punto de no verle día tras día sino lo más brillante y misterioso, me había excitado como [78] en los mejores tiempos de mi adolescencia. Y, en efecto, me sentía alegre y nervioso como un muchacho.

El sábado me levanté a las ocho de la mañana. Mi mujer quería ir de compras y yo le di, con toda generosidad, una suma respetable para los zapatos que necesitaba y agregué unos billetes para un sombrero, una cartera y un chal a fin de que todo esto, con su vestido flamante, hiciese juego y se sintiera ella aún más hermosa de lo que es. Le di un beso largo en la boca y la acompañé hasta la puerta muy cariñosamente.- Almorzaré con el Dr. Álvarez Moya -le dije- por el asunto ese del pleito. De modo que no me esperes hasta bien de noche.

Ella se fue encantada asegurándome que era un marido estupendo. Yo me metí en el baño y llené la bañera de agua más que tibia. Salí del agua espumosa de *bath oil* como un dios griego y me rasuré con un cuidado que hacía años no ponía en mi tocado. Me peiné con brillantina y me humedecí los brazos y el tórax con *Yardley*. Tenía un traje nuevo que iba a estrenar en un banquete el próximo martes, y una camisa con su corbata italiana que pensaba lucir en la misma ocasión.

-¡Qué diablo! -me dije, ya que se hacen las cosas hay que hacerlas bien.

Cuando estuve todo vestido, desodorizado y perfumado, fui a mirarme en el espejo de mi mujer y me encontré enteramente transformado. No parecía tener más de treinta y cinco años el hombre vestido de azul reflejado en la luna del espejo; en la cara rasurada de ojos relucientes no pude detectar una sola arruga. [79]

No subí al sedán sino al convertible, al que le dejé la capota alta para mayor discreción mientras llevara a mi dulce Agar por la ciudad. Sólo al llegar a las afueras la capota bajaría automáticamente mientras la radio tocara algo alusivo a la situación. Por las dudas hice llenar el tanque de gasolina hasta el tope.

Ya en la autopista, el coche volaba y yo, impaciente iba cantando;

¡Ay Agar!

¡Ay Agar!

¡Cómo nos vamos a amar!

Nervioso y feliz estacioné el *Oldsmobile* frente al correo. Al entrar vi que la portezuela junto a la rejilla se abría como si alguien estuviese esperando, como en rigor estaba, mi puntual arribo.

Y salió mi programa...

Los ojos y la sonrisa iguales; pero ahora a plena luz y sin nada que interfiriera mi campo visual. ¡Agar era baja, amigo, y gorda, gordísima. Sobre todo baja, como achatada.

Acaso detrás de la ventanilla se sentase en un taburete alto y por eso su estatura me había parecido normal.

Muy contrariado y triste le grité casi:

-¡Agar, amiga mía! ¡Vengo a disculparme! Por el deseo de verte olvidé un compromiso ineludible que tenía con el Dr. Álvarez Moya, mi abogado. [80]

Y salí poco menos que corriendo. Cuando llegué a casa puse el gran ramo de rosas rojas que llevaba en el convertible sobre la mesa de noche de mi mujer. Y desde ese día nunca más fui a aquella oficina del Correo.

Historia de LAURA

Eso me hace recordar una conquista mía, acaso más emocionante, le dije a mi amigo el embajador cuando terminó su historia.

Yo me había hecho ya un cierto renombre de escritor en mi país natal. Hacía varios años que vivía en París y mis libros de cuentos y ensayos circulaban creo que por toda Hispanoamérica. Recibía muchas cartas de México, de Lima, de Buenos Aires, de Montevideo, etc. Y, claro, novelas y poemarios de escritores jóvenes que solicitan mi opinión de crítico más o menos famoso.

Uno de esos libros, llegado de Montevideo, me deslumbró. No por el contenido -unos versos sin ritmo y sin gracia aunque reveladores de un gran fervor erótico- sino por la foto de la autora. Se trataba de una muchacha seguramente muy rubia, de largo pelo sedoso. El pelo le enmarcaba un rostro ovalado y delicioso en el que brillaban unos ojos dulcísimos, sin duda de un azul celeste.

La foto no era enteramente clara porque entre la imagen maravillosa de la poetisa rubia y el objetivo de la cámara, se había interpuesto una especie de tul o rejilla o no se qué, merced a lo cual el retrato de la muchacha tenía cierta vagoriedad del fantasma de un sueño poético. Imagínese usted un cuadro prerrafaelista visto a través de una transparente malla irisada desde el que lo miraran [81] unos grandes ojos inocentes y le sonriera una boca boticellesca...

Inmediatamente acusé recibo del libro. Su poesía, era, le dije, una maravilla de sensibilidad y finura. No podía ser de otra manera porque su autora era la Belleza misma -escribí Belleza con mayúscula-; y luego cité algunos versos de la joven poetisa (¿veinte, veinticinco años?) los menos objetables, y afirmé que en ellos vibraba mágicamente la más exquisita, arrebatadora, y refinada poesía. No escribí poesía con mayúscula, porque ya Belleza -la misma cosa- iba en esa grafía. En fin, mi carta era de una cursilería exaltada aunque de impacto previsible para alguien más o menos avezado a estas empresas literarias. Al terminar, como quien no quiere la cosa, agregué que en dos meses partía para Buenos Aires donde pasaría una quincena y que, si por casualidad

ella estaba en esa ciudad, yo encantado de conocerla para leer más de lo suyo y decirle lo que en mis apresuradas líneas, etc., etc., había dejado inexpresado.

A los pocos días llegó una carta certificada de Montevideo. Sí, ella precisamente estaría en Buenos Aires durante los meses de abril y mayo, porque allí vivía su hermana mayor casada con un militar argentino. Mi carta la había dejado profundamente emocionada. Era su consagración como poeta. (No le gustaba -me confió- la palabra poetisa). Después de releer mi carta diez veces, fue a las librerías en busca de libros míos y, no habiendo encontrado mi poemario *Rumor del Paraíso* (que era divino, según decían) me rogaba le enviase un ejemplar, a vuelta de correo, dedicado.

-¡Abril! ¡Mayo! -decía yo- ¡Qué quince días ni qué niño muerto! Yo me iba a pasar esos dos meses en Buenos Aires y al diablo los escritores y los editores y los recitales en la capital, Córdoba, Mendoza y Santa Fe. Yo me consagraría enteramente a [82] mi poeta rubia de cara prerrafaelista. Me excusaría de todos mis compromisos alegando enfermedad.

Las cartas entre París y Montevideo iban y venían por avión. Tracé la dedicatoria de mis versos con emoción. A fuer de expresarle tanta admiración y entusiasmo, me convencí a mí mismo de que Laura -¡sí, Laura, así se llamaba y se llama!- era la Décima Musa y la más estupenda belleza del mundo.

Llegué a Buenos Aires y paré en el hotel céntrico adonde Laura había insistido en ir a verme el día mismo de mi llegada.

-¿Hay recado para mí? -pregunté al llegar.

-No, señor.

Pasaron tres días y nada. Inútilmente me acicalaba como usted lo hizo el sábado de la cita con la muchacha del correo.

Las mejores rosas se marchitaban día a día en mi cuarto, sin que nadie más que yo, frustrado, odiase su color pasional y su perfume sin destinataria. (¡Adoro las rosas rojas!, me había escrito).

¿A quién le iba a dar aquellos preciosos frascos franceses destinados a la rubia hermosura que así se estaba burlando de mí y de mis ilusiones aún más doradas que ella?

Al quinto día de mi aterrizaje en Buenos Aires, cuando comenzaba a consolarme de mi chasco gracias a una joven profesora norteamericana muy interesada en poesía, y tras una copiosa cena en casa de un escritor amigo, llego al hotel y pido la llave de mi cuarto. [83]

-Señor -me dijeron- en el hall le espera una dama.

-¿Dama? -pregunté- ¡Qué raro! Pero reaccioné en el acto. El empleado emplearía un lenguaje afectado, «profesional» ¡Tenía que ser mi poetisa y nadie más!

-¿Dónde mismo está?

-La espera sentada junto a la chimenea.

Dominando la emoción y las piernas que querían correr, fui hacia el hall.

Junto a la chimenea, al verme, se puso de pie una señora madura, gorda y rubia, de pelo bien teñido, color paja.

-¡Usted! -exclamó la jamona- ¡Usted!

No hubo más remedio que ser muy amable y caballero. Sí, ella ya había cenado. Pero podría ir a uno de los bares de por ahí a tomar una copita de cognac. Y puso en mis manos un nuevo libro de poemas con la tinta -dijo- todavía no del todo seca. El poemario estaba dedicado a mí, en letras de molde: «Al gran poeta, al eximio ensayista...»

Como no sé beber, el cognac me subió pronto a la cabeza. A las dos horas volvimos al hotel, a mi cuarto, y, debo confesarle, de bracete. Apenas cerré la puerta con llave, sonó el teléfono.

-Señor -me dijeron- Hay una dama en su cuarto. Eso no se permite en este hotel. [84]

Yo, que ya lo tenía bien trabajado a quien así me llamaba tan inoportunamente, le contesté en voz baja:

-Mire, amigo: mañana le cuento todo. Esta señora es una escritora y, además, parienta mía, cercana.

-Muy bien, señor -me contestó el empleado- Pero aquí están el marido y las dos hijas de su parienta, y quieren hablar con usted.

-¡Pues dígame al señor que su esposa se ha marchado después de llevarse unos libros!

Desde la escalera de escape, la *poeta* me disparó un beso con los dedos regordetes. Yo cerré la ventana y bajé a saludar al marido y las hijas de mi musa fugitiva.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

